

Introducción

La Grecia de Wilhelm von Humboldt, o Ilustración y Clasicismo¹

SALVADOR MAS
(UNED)

Wilhelm von Humboldt sintió la pasión por la Antigüedad desde su adolescencia. En abril de 1790 confiesa retrospectivamente a su mujer que fue un niño y un joven desgraciado y solitario que buscaba llenar este aislamiento y esta amargura con los libros, especialmente griegos;² tal vez, pues, el típico caso del joven inteligente y sensible que, ante la incomprensión generalizada que siente a su alrededor, se refugia en la lectura, consiguiendo así tan sólo que su soledad y aislamiento se redoblen. Pero al margen de elucubraciones más o menos psicoanalíticas, que verían en aquella pasión el elemento compensatorio de una vida insatisfecha, en su interés por la Antigüedad fue decisivo Heyne, con quien estudió en Göttingen desde la primavera de 1788 y del que aprendió a considerar la Antigüedad como una totalidad y a ver en la filología algo más que mera

¹ Este trabajo se inserta en el marco del proyecto de investigación «Filosofía de la Historia y valores en la Europa del siglo XXI» (FFI2008-04279).

² Cfr. también la carta del 19 de mayo de 1791, igualmente dirigida a Carolina von Dachroeden.

crítica textual. Fue asimismo importante la amistad con Wolf, también discípulo de Heyne, si bien posteriormente maestro y alumno se enfrentaron por turbios asuntos académicos. Pero Humboldt no era un filólogo.

En una carta dirigida a Wolf del 1 de diciembre de 1792 menciona un proyecto, la revista *Hellas*, para el que quiere ganar al gran filólogo: aunque reconoce que estudia con intensidad «pequeñeces gramaticales, métrica, acentos, etc.» y sostiene que ha decidido ocuparse en exclusiva «de la Antigüedad y preferentemente de lo griego», admite que no puede hacerlo en calidad de filólogo profesional, ya que se lo impide su formación y educación. Su forma de ser le ha conducido a interesarse por los antiguos desde un punto de vista diferente. Humboldt, pues, se siente en la necesidad de disculparse por no dedicarse al mundo antiguo desde la perspectiva y con los intereses de la filología académica, reconociendo así de manera implícita la dificultad, incluso la imposibilidad, de reconciliar la minuciosidad exigida por esta disciplina con su propia concepción de la Antigüedad: si se atiene a aquélla corre el peligro de perder su forma de ser, su *Individualität*, pues tal es la palabra empleada, admitiendo así que su concepción de la Antigüedad es personal, así como su tendencia a ver en la filosofía, más que un sistema, la expresión de una singularidad. Humboldt se consideraba a sí mismo «un mero espectador del mundo».³ Además de los estudios particulares y concretos —continúa—, también hay uno que «enlaza a todo el hombre, que no lo hace más capaz, más fuerte, mejor en este o aquel aspecto, sino que lo convierte en general en un ser humano más grande y más noble». Dado que tal formación (*Bildung*) se dio en grado máximo entre los griegos, puede promoverse de la mejor manera estudiándolos, pues ningún otro pueblo «unió tanta sencillez y naturaleza con tanta cultura».

Como en tantas otras ocasiones, Goethe circunscribió el problema. En

³ *Bruchstück einer Selbstbiographie*, GS XV, p. 453. Cito las obras de Humboldt, indicando volumen y página, por *Wilhelm von Humboldts Gesammelte Schriften*, 17 Bände. Herausgegeben von der Preussischen Akademie der Wissenschaften, Berlín, 1903-1936. Cito los textos sobre la Antigüedad por la presente edición, en la que incluyo la paginación de los *Gesammelte Schriften*.

el capítulo tercero del libro quinto de los *Años de aprendizaje de Wilhelm Meister*, el protagonista, convencido de que sólo el teatro le proporcionará la *Bildung* que él desea, responde a una carta de su cuñado Werner en la que éste había elogiado los conocimientos (*Kenntnisse*) estadísticos, tecnológicos y agrarios que, en su diario y para agradar a su padre, Wilhelm había dicho poseer; reconoce, sin embargo, que en nada de esto puede encontrar cosa alguna que lo estimule: de qué le sirve saber fabricar hierro si su interior está lleno de escorias, de qué poner en orden una finca si él no está en armonía consigo mismo, pues su oscuro deseo e intención fue, ya desde su juventud, «formarme a mí mismo tal y como soy». Aunque Wilhelm es un burgués, no un noble, y por tanto no ignora que debe educarse en actividades «útiles», tiene sin embargo una irresistible inclinación hacia esa formación armónica de su naturaleza que le veda su nacimiento; sabe igualmente que la culpa de esta situación no la tiene ni la arrogancia de la nobleza ni el carácter acomodaticio de la burguesía, sino —dice— «la misma constitución política de la sociedad».⁴

El proyecto de Humboldt es parecido y, de hecho, diseñó reformas políticas que hicieran posible esa «formación armónica de la propia naturaleza», tanto a nivel teórico,⁵ como también prácticamente durante el breve periodo de tiempo en que estuvo al frente de la *Sektion für Kultus und öffentlichen Unterricht* del Ministerio del Interior del gobierno prusiano.⁶ Pero ahora no interesan estos aspectos más directamente políticos

⁴ *Wilhelm Meisters Lehrjahre*, en *Werke*, vol. 7, p. 291 (H.A.).

⁵ Ya en su *Ideen zu einem Versuch, die Gränzen der Wirksamkeit des Staats zu bestimmen* (1792), GS I, propone, en la tradición liberal anglosajona, reducir el Estado al mínimo necesario para asegurar la paz interior y la seguridad exterior y, ahora no tan liberalmente, para asegurar una *Bildung* cuyos gastos deberían correr a cuenta del Estado y que debería estar al alcance de todo el pueblo sin distinción.

⁶ Cfr. J. Abellán, «La idea de Universidad de Wilhelm von Humboldt», en F. Oncina Coves (ed.), *Filosofía para la universidad, filosofía contra la universidad (De Kant a Nietzsche)*, Madrid: Universidad Carlos III/Dykinson, 2009, pp. 273-296. C. Menze, «Anspruch, Wirklichkeit und Schicksal der Bildungsreform Wilhelm von Humboldt», en B. Schlerath (ed.), *Wilhelm von Humboldt. Vortragszyklus zum 150. Todestag*, Berlín/Nueva York: Walter de Gruyter, 1986, pp. 55-81. Del mismo autor: *Die Bildungsreform Wilhelm von Humboldts*, Hannover: Schroedel, 1975.

de su pensamiento,⁷ tampoco las posibles discrepancias que pudiera haber entre las propuestas teóricas y su gestión administrativa, sino las perspectivas más filosóficas y, muy especialmente, el papel que el Mundo Clásico desempeña en ellas. A propósito de lo primero, sólo señalar con brevedad que parece innegable que evolucionó desde una posición individualista hacia otra en la que la nación desempeñaba un importante papel: a diferencia de lo que ocurre en su *Ideen zu einem Versuch, die Grenzen der Wirksamkeit des Staats zu bestimmen* (1792), en *Historia de la decadencia y ocaso de los Estados libres griegos* (1807) afirma, matizando el inicial liberalismo de aquel ensayo, que la fuerza (*Kraft*) y también la *Bildung* de los individuos depende en último extremo de las de las naciones; en relación con este cambio de perspectiva se observa también, creo, una intensificación de las posiciones nacionalistas, si bien, como habrá que ver más adelante, nunca llegó a los extremos de los teóricos de la «educación nacional» (*Nationalerziehung*): tal vez se lo impidiera su amor por Grecia y su deseo de atenerse al ideal clásico, por muy quimérico e incluso inventado que fuera.

El planteamiento general humboldtiano es sencillo: dado que el hombre es «un fin en sí», en todo individuo hay un conjunto de potencialidades que pueden y deben desarrollarse a lo largo de su vida, en el supuesto, claro está, de que las condiciones externas lo permitan. La educación (*Erziehung*) en una materia o disciplina determinada no es un fin en sí mismo, sino que está subordinada a una meta más abarcante y más elevada, la *Bildung* del mismo individuo, de su nación y de la humanidad.⁸ La formación, en efecto, es un proceso de apropiación productiva del mundo, en el que las capacidades físicas e intelectuales se unifican en un todo armónico. Debe distinguirse entre «desarrollo» y «formación»: las plantas y los animales se desarrollan, sólo los hombres se forman; aquel concepto encuentra su

⁷ Sobre esta cuestión, cfr. J. Abellán, *El pensamiento político de Guillermo von Humboldt*, Madrid: Centro de Estudios Constitucionales, 1981. Del mismo autor: «Estudio preliminar» a Wilhelm von Humboldt, *Los límites de la acción del Estado*, Madrid: Tecnos, 1988, y «Estado y nación en Guillermo de Humboldt», en *Revista Internacional de Estudios Vascos*, 48, 2003, pp. 329-344.

⁸ Cfr. H. Rüdiger, *Wesen und Wandlung des Humanismus* (1937), Hildesheim: Georg Olms, 1966, p. 196.

lugar donde acontecen procesos naturales necesarios, éste sólo puede referirse al ámbito específicamente humano.

La *Bildung*, en efecto, es un extraño concepto, difícilmente traducible,⁹ producto de la estetización de nociones religiosas y filosóficas previas llevada a cabo de la mano de la «graecomanía» que sacudió a Alemania, al menos desde Winckelmann, y que satisfizo, o quiso satisfacer, funciones sociales muy determinadas: el *gebildeter Mensch* no es ni el «caballero cristiano», que olvida o margina, por pagano, el legado clásico y quiere vivir de acuerdo con los principios irrenunciables de su fe, ni tampoco el *galant-homme* para el que este legado no forma, sino que en todo caso adorna.¹⁰ Humboldt no podía reencontrar su Grecia en París, donde estuvo, tras finalizar sus estudios, entre 1797 y 1801,¹¹ y donde pudo conocer de primera mano el modo de hacer las cosas «a la griega». «En París todo se hace a la griega», escribe ya en 1763 Friedrich Melchior de Grimm, amigo íntimo de Diderot y de Madame d'Epinay, en un texto destinado a la *Correspondence littéraire*:

Desde hace unos años, se han buscado los ornamentos y las formas antiguas; el gusto ha mejorado considerablemente y la moda se ha generalizado hasta tal punto que ya todo se hace a la griega. La decoración exterior e interior de edificios, los muebles, las telas, las joyas de todo tipo, en París todo se hace a la griega. Esta afición ha pasado de la arquitectura a las tiendas de nuestros modistas; las señoras se peinan a la griega; los petimetres se considerarían deshonorados si llevaran un baúl que no fuese de estilo griego.¹²

⁹ En mi versión traduzco *Bildung* por «formación», reservando la palabra «educación», más neutral, para verter la voz alemana, igualmente neutral, *Erziehung*.

¹⁰ Evidentemente, no pretendo hacer justicia ni a la ética ni a la estética rococó. Sobre estas cuestiones cfr. J. Seoane, *La política moral del Rococó. Arte y cultura en los orígenes del mundo moderno*, Madrid: Antonio Machado, 2000. Sobre el trasfondo y las funciones sociales de la *Bildung*, véase H. Weil, *Die Entstehung des deutschen Bildungsprinzips*, Bonn, 1930.

¹¹ Cfr. *Pariser Tagebüchern*, GS XIV.

¹² Tomo la cita de Marie-Laure de Rochebrune, «El estilo “a la griega” o la primera fase del neoclasicismo francés», en el catálogo de la exposición *El gusto «a la griega». Nacimiento del neoclasicismo francés*, Madrid: Patrimonio Nacional, 2007. Realmente, lo que aquí se denomina «a la griega» es el resultado del hastío producido por los excesos del es-

La Antigüedad, decía, no puede buscarse en París. En las siguientes palabras de *Latium y Hellas...* resuena sin lugar a dudas la experiencia de los años pasados en Francia:

Los franceses y los alemanes se han dividido los elementos fundamentales del carácter griego y en estas partes son tan similares a los griegos que muestran la máxima disimilitud entre ellos. Los franceses tienen de los griegos la excitabilidad, la movilidad y la insistencia en una forma (sólo determinada entre ellos, casi convencional). Los alemanes, la libertad frente a la unilateralidad, la corrección en la perspectiva externa, la profundidad en el interior, mas a menudo sin fuego suficiente, y siempre con más afán por el contenido interno sólo externamente expresado que por la forma sensible. Pero a pesar de que ambas naciones sólo expresan la similitud de manera incompleta, resulta impensable una alianza de ambas para completar la imagen. Más bien marchan ambas completamente alejadas la una de la otra y al final llevan a cabo algo que reside casi igualmente alejado de lo griego, sólo que los alemanes alcanzan algo que está más próximo de lo griego, quizá incluso más elevado, que lo alcanzado por ellos, pero que precisamente por ello es auténticamente inalcanzable, puesto que los franceses encallan del todo en caminos erróneos y quedan entre lo obtenido y lo realmente pretendido.¹³

Y frente a París, Roma, donde Humboldt estuvo entre 1802 y 1808 en tareas diplomáticas, y donde tal vez pasó los años más felices de su vida. A esta ciudad dedicó la elegía *Rom*, escrita entre febrero y marzo de 1806, y donde poetiza ideas que expresará en *Historia de la decadencia y ocaso de los Estados libres griegos*. Cito las dos primeras estrofas de este poema:

Pues balanceas orgullosas ondas, Tíber,
piensas tú quizá aún aquel triste tiempo
cuando aún no, mecido en arco aéreo,

tilo rocalla rococó, sustituido por la severidad de las líneas de la arquitectura clásica, con el consiguiente rechazo de todo ornamento que excediera los admitidos en los órdenes clásicos. Ahora bien, las mentes más agudas de la época pronto se dieron cuenta de que no regresaba la Antigüedad por adornar con volutas, metopas y triglifos, hojas de acanto, mirto u olivo.

¹³ *Latium y Hellas...*, pp. 110-111.

había, magnífico, el Capitolio;
Tu nombre, Roma, aun tapado por la noche,
¿no era bendito por su gloria futura?
¿Regresa la noche que de nuevo lo devore?
¿Brilla acaso el día en el que ya no suene?

¡No! Pues mientras que sobre sus pétreas columnas
se eleve estrecho el país bañado por el mar,
donde antaño descendientes de los dioses se detuvieron
y fundaron en sus playas un reino de oro,
puede apresurarse la rueda del tiempo,
pues tú eres la ciudad de las siete colinas,
eternamente así llamada por bocas pasadas,
eternamente anunciada por labios futuros.

No es que los italianos estén más cerca de los griegos que los franceses o los alemanes, pues aunque les son máximamente similares en general, también son «máximamente incapaces de alcanzarlos en las partes concretas de su carácter».¹⁴ Pero a Humboldt le interesa Roma como una especie de escenografía, como «el país de la imaginación y el anhelo».¹⁵ El 22 de octubre de 1803 escribe a Karl Gustav von Brinckmann que esta ciudad es un desierto, pero el más bello y el más sublime que jamás haya visto; Roma es sólo para pocos, para los mejores, que en ella «encuentran un mundo». Humbolt —como Winckelmann, como Goethe, como Herder— encontró en Roma el mundo de la Antigüedad clásica. Sin embargo, en la misma medida en que se aproximó física y espiritualmente a la Antigüedad, se alejó de ella, tal vez porque únicamente la distancia, o el juego entre ésta y la proximidad, permiten la visión del todo.

¹⁴ *Latium y Hellas...*, p. 110.

¹⁵ *Rezension von Goethes zweiten römischem Aufenthalt*, GS VI, p. 531.